

La destrucción de la memoria*

Robert Bevan organiza su libro a través de una introducción que titula “Los enemigos de la arquitectura y de la memoria”, prosigue con un apartado llamado “Limpieza cultural”, luego cuestiona “¿Quién se acuerda de los armenios?”, reflexiona sobre los temas “Terror, moral, mensajes y propaganda”, dialoga con la representación de conceptos como “Conquista y revolución”, toca también las fibras de la participación de territorios y fronteras en lo que él llama “Vallas y vecinos”, muestra los resultados de “Las consecuencias destructivas de la partición” e insiste en la recuperación de la memoria arquitectónica bajo el lema “Recuérdalo tú y recuérdalo a otros (i)”, continúa explicándonos la importancia de la “Reconstrucción y conmemoración” y, por último, y no menos importante, demanda que legislar no basta, pues se requiere aplicación y práctica de la ley, de lo cual nos habla en “Recuérdalo tú y recuérdalo a otros (ii). Protección y persecución”. Además, agrega una lista de referencias por segmentos que permite distinguir desde dónde está pensando

* Robert Bevan, *La destrucción de la memoria*, traducción del inglés por David Guinart Palomares, La Caja Books Editores, Londres, 2019, 380 pp.

la destrucción de la memoria y con quiénes está dialogando.

No es pues una fascinación por la devastación del patrimonio, tampoco una obsesión por las imágenes de destrucción lo que mueve a Bevan a explicar qué más sucede en escenarios de guerra y qué hacer para remediarlo. Es la experiencia de un periodista que ha cumplido el rol de observador participante en dichas escenas, susurrándonos al oído cuánto se pierde en un conflicto armado, qué se puede recuperar y qué no, qué existió y ahora no vemos, pero ha dejado huella en la cultura humana. La historiografía sobre la guerra se ha encargado de acercarnos a los detonantes de los conflictos, los personajes, la milicia, la soberanía de los países, las estrategias de los bandos armados, los avances tecnológicos del armamento, los transportes y la comunicación, el predominio de las potencias militares, pero también se ha acercado a los temas sobre la violencia, la cuantificación de los muertos, los métodos de tortura, la relación de la Iglesia y el Estado, las fronteras, el éxodo, las crisis humanitarias y la cronología de los hechos. Sin embargo, el autor se enfoca en un detalle para nada minúsculo, que nos atañe, y del cual participamos en mayor o menor grado:

la representación, reproducción y conservación de la cultura y la memoria.

De las reflexiones propias de este libro me quedo con la que articula la destrucción con la reconstrucción de la memoria. ¿Cómo reescribir una nueva historia colectiva a través de la ya escrita? Me refiero no sólo a la preocupación de Bevan por la extirpación del patrimonio histórico e identitario de una comunidad, sino también a las mentes de cada uno de los actores participantes directos o víctimas de la guerra. Si bien con la erradicación de monumentos, museos, bibliotecas, templos y todos aquellos emblemas que dan representatividad a las personas de un lugar determinado, se pretende exterminar su historia, su cultura —lo que físicamente se logra y de ello da cuenta el autor—, en el ámbito colectivo y local, sin embargo, los afectados han sabido restaurar en su imaginario la conciencia de su patrimonio.

La guerra es el hilo conductor de la narrativa de Bevan, implícita está la búsqueda de la reconquista de los distintos lugares afectados; si se lee detenidamente, el uso de fuentes primarias es un aporte para un tema poco estudiado; la intencionalidad en los objetivos de guerra ha avanzado cada vez más hacia el ataque del corazón de un pueblo: su cultura, pero esto debe pensarse también en función de qué tanto las organizaciones internacionales en sus tratados han permitido que esto siga ocurriendo,

es decir, qué se ha propuesto y cuáles son los candados que han cerrado las brechas para poder administrar y castigar este tipo de violencia.

La religión, la literatura, el arte y la arquitectura son los bienes culturales a los que el autor se refiere como puntos medulares en los ataques armados: eso es lo que él llama un acto deliberado. Su narrativa es ligera, seductora y persuasiva, digerible a historiadores o a cualquier otro lector; su texto lo mismo representa un aporte historiográfico que significa una excelente opción de bolsillo para deleitarse en un viaje o en una tarde con un café. De las deudas de este libro, sin embargo, señalo un apartado sobre las legislaciones dedicadas a señalar el castigo de dichos actos, pues tal parece que en cuanto se le echó una mirada a la legislación alusiva al tema, esto provocó que se empezara a contemplar a la cultura como un punto estratégico en la guerra, una especie de “no hagas eso y es lo primero que haces”.

Existen múltiples formas de patrimonio como las hay de exterminio. La conceptualización que Bevan hace en su libro es interesante, porque es empezar a nombrar lo que vemos y no entendemos, esto es, dimensionar la gravedad del problema: *urbicidio* es uno de los conceptos que desarrolla, distinguiendo, entre las diversas expresiones de la violencia, la barbarie contra la cultura, a lo que se refiere como un arma de guerra.

En las fuentes enlistadas en su bibliografía encontramos obras de pensadores como Hobsbawm, Lefevbre, Burke, pero también a historiadores, geógrafos y personajes contemplativos del siglo XIX. El libro se nutre además con la historia gráfica a través de la fotografía, testimonio visual de las atrocidades cometidas en otro de los temas de que está impregnado el libro: las relaciones de poder, las jerarquías y la lucha por la soberanía, aspectos en juego entre uno o más bandos en un conflicto. Tal parece que en cada episodio se busca reescribir la historia del mundo: en la búsqueda por ejercer el poder, hasta ahora se ha logrado la destrucción de bienes culturales y humanos, pero no recuerdo una aniquilación completa, porque, me atrevería a decir, en el imaginario de la gente subyace siempre su sentido de pertenencia que hace revivir su identidad, por lo tanto, la guerra no ha logrado su objetivo.

El fin último de este libro es hacer conciencia sobre los efectos de la guerra; no demerita el exterminio humano frente al de los bienes culturales, por el contrario, el autor los lleva de la mano para hacer evidente lo que está pasando con el mundo. Ésa es una historia que debe ser contada, y creo que ahora los historiadores tenemos una nueva veta en el estudio de esos procesos, más aún, una deuda o compromiso para dar cuenta de lo que fue y aún está en las mentes y almas de

esos ciudadanos afectados, y no sólo limitarnos a señalarlos como víctimas de esa guerra cultural o simplemente a conmemorarlos cada año. Ese ejercicio implica, como bien dice Bevan, contextualizar en sus diferentes escalas el problema.

La desesperanza ha construido nuevas posibilidades, estudios, prácticas y acciones para contrarrestar los resultados de la guerra, y ha empujado al uso de la tecnología en la recuperación de vestigios culturales y al combate del mercadeo de piezas que forman parte de la esencia de un pueblo. En esta reseña no se enuncian los conflictos armados que el autor registra, porque considero que depende del parámetro desde el que se piense la pérdida, tanto en el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001 como en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945): ambos casos son muestras de la continua deshumanización, no refieren únicamente a la cuantificación de daños humanos, es pensar: ¿qué es lo que no recuperaremos? El urbicidio, como nos explica Robert Bevan, se teje bajo relaciones de poder a un ritmo acelerado entre naciones, comunidades y sujetos, y su objetivo durante la guerra es erradicar, desde sus entrañas, la historia de un pueblo.

Marcela Valdivieso Cruz
Estudiante del DHER-III-S,
Universidad Veracruzana